Compre usted todas las semanas

LAS OCURRENCIAS

El periódico más interesante y popular.

10 CÉNTIMOS

ENFERMEDADES DE LA VEJIGA

VESICALINA

Es la **Vesicalina** una preparación magistral, específica en el tratamiento de la cistitis, por sus condiciones antisépticas, anestésicas, emostáticas y diuréticas.

La curación es rapidísima y segura en todos aquellos casos en que se trate de infecciones de la vejiga, uréteres y pelvis renal

Evita en absoluto los sondajes frecuentes y regulares, ahorrándose el enfermo incalculables dolores y molestias.

Recomendamos á todo enfermo de la vejiga, que antes de hacer uso de otros similares, pruebe con un frasco pequeño de **Vesicalina** y se convencerá de la eficacia del medicamento.

Precios de los frascos: tamaño grande, 10 pesetas, ídem pequeño, 5.

Depositarios: Sres. Pérez, Martín y C.ª, Alcalá, 9, y de venta en toda buena farmacia.



GRATIS

La **felicidad** por medio del MAGNETISMO y OCULTISMO la mandaré al que envíe un sello de 0,15 á D. Francisco G. Purtal. Mataró. (Barcelona.)

Mundo Galante

REVISTA POPULAR DE ARTE

OFICINAS:

PIZARRO, 12. — APARTADO 555. — MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España.....	Trimestre.....	1,50 pesetas.
	Semestre.....	2,75 »
	Año.....	5 »
Extranjero, año.....		8 francos.

NÚMERO SUELTO: 10 CÉNTIMOS

Establecimiento tipográfico de GACETA ADMINISTRATIVA.—Leganitos, número 5.—MADRID.



ANGELITA SOLSONA.—Bellísima artista de «variétés».

N.º 3 | REVISTA POPULAR DE ARTE | 10 cénts.



CORREO DEL AMOR

JOCOFRANSSE (Palencia).—Si esa unión no está basada en el amor y es solamente voluptuosa, tiene usted un medio seguro de acabarla. Muéstrese con ella frío, distraído; mírela con indiferencia, dela á entender de un modo hábil que se aburre y se cansa á su lado. La mujer, más que astuta, es orgullosa, y preferirá que usted se marche á continuar unas relaciones en las que usted no siente ilusión. La cosa será más difícil si ella está enamorada de usted, y esta circunstancia no me la indica en su carta. Si me diera usted más detalles podría contestarle formando un juicio más exacto.

BILITIS. HABLA (Madrid).—Siendo usted soltero y ella casada, con hijos, debe usted procurar á todo trance evitar el encuentro. Ríase usted de las tonterías del amor propio. Lo correcto y lo honrado es no buscar la ocasión. No pretendo que sea usted un casto José, pero sí un caballero y una persona decente.

LAGARTITO (Madrid).—Si está usted verdaderamente convencido de que ella le quiere, tenga paciencia, no deje de cortejarla. Ya buscará ella la ocasión oportuna para llegar á un arreglo.

UN AFICIONADO (Nerva).—Muéstrese indiferente. Dele pruebas de su desagrado, pero con delicadeza, sin grosería; espere á ver el resultado y comuníquemelo.

PANCHITA.—Es lástima que tenga usted el temperamento tan ardiente; no conseguirá usted nada por ese medio.

J. M. (Santander).—¿Tiene usted absoluta confianza en ella? No es coqueta y sí muy inteligente, pues déjela obrar.

ESPAÑOLIZADA.—Una inglesa, una verdadera inglesa, no puede amar nunca, verdaderamente, á un español... Aunque se ha dicho que España es el país de la galantería, lo cierto es que nuestros hombres, salvo honrosas excepciones, son mal educados, y, sobre todo, poco respetuosos hacia la mujer.

FRU-FRU (Alicante).—Es usted con exceso reservada; hay en su consulta algo obscuro, nebuloso, que sólo se adivina. ¿Se permitió ese novio alguna libertad amorosa? Sin saber esto no puedo formar juicio definitivo.

A. R. (Madrid).—Doy la razón á quien la tiene. El hombre culto debe ser siempre muy delicado con la mujer á quien ama. El amor es como una copa de cristal muy frágil. Se rompe al menor contacto brutal.

TERESITA.—Si no ama usted á ninguno de los dos, escoja al que más le convenga.

BILITIS.



Año I. - Número 3.
Madrid, 23 Mayo 1912

Oficinas: Pizarro, 12.
Apartado 555.

EL CUARTO DE HORA

EL marido de Juana estaba concluyendo de vestirse para salir: le habían invitado á escuchar la lectura de una comedia que un amigo suyo acababa de escribir y de la cual se hablaba mucho en el saloncillo de los teatros. La reunión empezaba á las nueve en punto; concurrían á ella varios novelistas y actores de gran cartel.

—¿Tardarás mucho?—repetía la joven.

—No; entre doce y doce y media estoy aquí... ¡Adiós!...

—Te espero, ¿sabes?... te espero...

Y mientras el marido se marchaba por un lado, Roberto, que le espiaba, llegó por el otro. Juanita le condujo al gabinete; y en tanto la doncella, ladina confidente y protectora de aquel enredijo, preparaba sobre el velador un ligero piscolabis, los dos enamorados reían.

—Las diez, las once, las doce, ¡tres horas!—exclamaba Roberto mirando su reloj—: ¡si parece imposible que en tan poco tiempo quepan los anhelos más grandes de mi vida!...

La doncella se había retirado cerrando la puerta y corriendo los cortinajes, y Roberto aproximó el velador al sofá; en medio de los platos bien surtidos de jamón en dulce, pastas y otras sabrosas golosinas, había una botella de Jerez.

—Anda, empieza tú—dijo ella.

—No; tú eres quien debes dar ejemplo...

Estaban sentados en el sofá, cogidos de las manos, mirándose á los ojos, confundiendo sus alientos...

—Por fin estás como yo deseaba—decía Roberto—, y puedo mirarte á mi sabor, y recrearme con tus palabras y emborracharme con tu hermosura... y descansar después junto á ti de la embriaguez que tu belleza me produzca...

En aquel momento dramático resonó un campanillazo y se oyeron los pasos precipitados de la doncella que se acercaba sigilosamente. Después la puerta del gabinete se abrió y apareció la sirviente con los labios lívidos de terror.

—Señora—balbuceó—, el señor...

La joven, con ese valor que las mujeres demuestran en las ocasiones difíciles, se rehizo prontamente, y mientras la doncella iba á abrir, Juana indicó á Roberto con un ademán la puertecilla de escape; ni siquiera tuvieron tiempo de despedirse, y el joven huyó presuroso.

—¡Cómo! ¿Eres tú?—exclamó Juanita al ver á su marido—; ¡cuánto me alegro!... Me encuentras levantada porque me dolía el estómago y no quise acostarme sin antes comer algo...

Le había echado los brazos al cuello y le besaba amorosamente, excitada aún por el recuerdo de su amante. El la abrazó también, muy ufano de verse tan agasajado, y mientras la joven le ayudaba á quitarse el gabán y á descalzarse las botas, el feliz esposo murmuraba:

—¿No sabes? ¡Me he aburrido! ¡Vaya una comedia! ¡Y á eso llaman escribir!... ¡Qué diálogos tan soporíferos, qué estilo tan premioso, qué símiles tan resobados, qué chistes tan recalentados y qué argumento! ¡Eso sobre todo!...

Acababa de quitarse el chaleco y tuvo que interrumpir sus explicaciones sofocado por Juana, que le besó en los labios.

—¡Qué argumento, qué asunto tan viejo!.. ¡El eterno asunto de que en este mundo,

lleno de incongruencias, todo anda del revés y donde, generalmente, los tontos calientan las castañas que otros han de comerse!... ¿Eh?... ¿Qué te parece?...

Ella lanzó una carcajada corta, y repuso:

—Que has acertado, pero completamente, créeme. ¡Vamos á dormir!...

Y el malaventurado Roberto, que logró escapar de su escondrijillo sin ser visto de nadie, salía á la calle maldiciendo y pensando en aquel fiero sarcasmo del Destino, que le había burlado trocando el cuarto de hora de la suma felicidad, en el menguado cuarto de hora de la suprema ridiculez.

A. R.



—¡Ven al bosque, ven! —¡Por Dios! —¡No está lejos! —Regular. —¿Te asusta el camino? —Un poco, y le temo al polvo. —¿Ya?

LA CITA

—Sabiendo que se la aguarda
no se apresura á venir...
Ya sube... ¡Qué ha de subir!
¡Pero, Señor, cuánto tarda!
¿Qué puede haber sucedido?
¿Acaso no estará buena?
¿Una amiga? ¿La novena?
¿El tirano del marido?...
Por más que pienso no entiendo...
Bueno, pues la esperaré,
Y en tanto, ¿qué hago?... Ya sé:
pasaré el rato escribiendo.
He de escribir algo serio,
¿La virtud? Eso es ridículo.
¡Ah! ¡Ya he pensado el artículo!
Buen título: «El adulterio.»
«Del espíritu la higiene,
que hace del mundo un edén...»
Esto me ha quedado bien...
pero Enriqueta no viene.
«La razón del existir
echan muchos en olvido,
y el mayor monstruo...» El marido
no la dejará venir.
«Esas que llenan su vida
con las *soirées* y el tocado...»
Ahora caigo: me he olvidado
de traer agua florida...
No me disgusta lo escrito:
«Virtud... honor... sentimientos...
Dios... hogar... remordimientos...
anatema... ¡Muy bonito!
Ahora acabemos así:
«¡Gozad de amor infecundo,
que llegará el fin del mundo!
Y si llega...» ¡Ya está aquí!
—¡Pepe!
—¿Al cabo, bien amado?
Pero por fin has venido.
¿Te *entretuvo* tu marido?
—¡Celoso!
—En fin, ya has llegado!
Deja que estreche ese talle,
tallo de una flor lozana...
—¡Mira, cierra la ventana,
que nos ven desde la calle!
.....
—¡Ay, qué tarde!
—¡Vida mía!
¿Te vas ya?
—Volveré pronto.
Déjame, no seas tonto.
—¡Adiós, mi alma!
—¡Hasta otro día!
.....
—¡Estoy loco de contento!
¡Qué placer! ¡Esto es vivir!
¿Y el artículo? ¡A escribir!
Lo acabaré en un momento.
«De su amorosa querella,
siendo ella infiel y él infiel,
¡anatema sobre él!,
¡execración sobre ella!»
¡Diablo! ¡Soy un mentiroso!
Pero se explica la cosa.
¡El amor para la esposa!
¡Lo escrito para el esposo!

L. G.

¡MILAGROSO!

Veloz, y dispuesto á descarrilar en la primera curva que se le presentase, seguía deslizándose, con el consiguiente retraso, el expreso de la línea del Norte.

En uno de los departamentos de un incómodo coche de primera, y frente á frente, rígidas, calladas y severas, dos señoras, de una prudencial edad, luchaban juntamente, y cada una de por sí, por entablar conversación.

Una de ellas, la más atrevida, se decidió por fin:

—Y diga usted, señora; usted, ¿adónde va?

—A Lourdes.

—¡Qué casualidad! Yo también.

—¿También, señora? ¡Extraña coincidencia!

—Tengo un niño de seis años muy enfermito, ¡mucho!, y voy á cumplir un voto á ver si la santísima Virgen me lo pone bueno.

—Yo tengo dos hijas, una casada, la mayor, Natividad; y otra soltera, Trinidad; soy viuda y... la verdad, sin más hombre en la familia que mi yerno, que es un cualquier cosa, sueño con un nietecito y voy á pedirle á la Virgen que le conceda á mi hija un fruto de bendición.

—Y se lo concederá á usted, señora; ¡no faltaba más!

Y así continuaron todo el viaje, naciendo entre las dos viajeras un sincero afecto.

Después de cumplir sus votos, regresaron juntas á España, y si gratas eran las ilusiones que se hacían antes de visitar á la Virgen, más gratas y cuajadas de esperanzas eran las que se formaban á su regreso.

....

Y pasaron tres años.

Era una tarde de marzo ventoso; había llovido y el tránsito de una acera á otra por las calles de Madrid se hacía difícil.

En dirección contraria, con las faldas recogidas y los ojos fijos en el suelo para evitar los charcos y salpicones de barro, dos señoras vinieron á encontrarse.

Eran nuestras viajeras.

—¡Señora, qué alegría!... ¡Tanto tiempo sin vernos!

—Es verdad; como no ha querido usted pasar por mi casa...

—No he podido, señora. ¡Ay! Usted no sabe las desgracias que me han pasado. Pero ante todo, ¿y el niño?

—Hermosísimo; la Virgen hizo un verdadero milagro. Sano y robusto ahora lo he dejado jugando á la pelota; y usted cuénteme, cuénteme.

—¡Ay, señora, no me hable usted!

—Pues...

—Recordará usted que tenía dos hijas: Natividad, la casada, y por la que fuí á pedir un milagro á la Virgen, y Trinidad, la soltera.

—Sí; recuerdo.

—Bueno; pues me debí equivocar de nombre y... ¡ha dado á luz la soltera!

J. DE A.



¡Esto raya en pesadez! ¡No se puede resistir!... ¡Hoy me tengo que vestir por la duodécima vez!...

A todo cuanto te digo
me respondes, *yo qué sé.*
Si te digo si eres pura
¿me dirás eso también?

EL EDREDÓN

El precioso edredón que cubre el lecho conyugal originó el altercado que sostienen los dos esposos. Julio, cuya sangre hierve, se empeña en apartarlo; pero Matilde tiene frío y lo sujeta con todas sus fuerzas, riéndose como una loca cada vez que consigue frustrar los propósitos de Julio.

– Pues lo he de quitar, testaruda mía.

—No lo quitarás, porque puedo más que tú.



Lo que no comprendo es que gastes lo que gastas en vestidos, viviendo, como vives, de estar sin ropa.

—¡Es tan pesado!

—No; es muy ligero.

—Ten compasión, alma mía; ¿no ves que me ahogo?

—Tenla tú de mí; ¿no ves que tirito?

El combate se prolonga entre ruidosas carcajadas, dulces caricias y besos apasionados; hasta que al fin adopta ella una resolución que ha de proporcionarle el triunfo: cierra los ojos y permanece inmóvil...

¡Cómo! ¿Se ha dormido? Julio la contempla buen rato y concibe un proyecto, que pone al instante en práctica, procurando contener la risa para que no se despierte su esposa.

Poco á poco, y con infinitas precauciones, va retirando el edredón... Ya está al borde de la cama... ¡Ea! Ya está en el suelo. Tiene que esforzarse mucho para reprimir un grito de victoria que pugna por salir de su garganta... Pero se arrepiente al punto de lo que acaba de hacer. ¡Pobrecita!... Va á sentir un frío horrible. Es indispensable que el edredón vuelva á su antiguo sitio. Alargará el brazo con mucho cuidado y lo colocará de nuevo tal como estaba...

No pudo realizar su obra de arrepentimiento, porque unos brazos suaves sujetaron los suyos y una vocecita lánguida murmuró á su oído:

—Es verdad, Julio, es verdad... El edredón pesa mucho y produce un calor sofocante...

CÁTULO MENDES.

PODER DEL AMOR

Casarse un bizco intentaba
con la preciosa Isabel,
que, por el defecto de él,
sin piedad le rechazaba.
Y él repuso con viveza:
—¡No me quedo convencido!...
¡Pues, si yo miro torcido,
amor todo lo endereza!...

* * *

EL DURO FALSO

Un duro falso á su esposa
quiso meter Alcover;
mas no lo logró, pues ella
se lo rechazó también.
Y con gran tristeza, á todos
así va diciendo él:
—¡Qué suerte! ¡Ni aún á mi esposa
se lo he podido meter!

ADVERTENCIA

Fíjense nuestros lectores que le ofrecemos á continuación un álbum soberbio de la BELLEZA FEMENINA, una preciosa galería de hermosas artistas, de cuadros célebres.

Esas lindas páginas son encuadernables, y el lector, si quiere, podrá destacarlas, reuniendo todas las que se irán publicando para formar una colección magnífica.

HACE FALTA UN CABALLERO

Es el estribillo de cajón en todos los anuncios de las casas de huéspedes *que no son de huéspedes*, y donde, sin embargo, se admiten éstos (los huéspedes, no los embargos).

Bueno; pues yo leí las palabras que sirven de encabezamiento al presente artículo, y como me hallaba en la precisión de cambiar de hospedaje para que no tuvieran que llevarme en un carretón á la casa de lactancia, á fin de reponerme de los deplorables efectos de una alimentación de ocho reales con principio, dije para mis adentros, porque no era cosa ni ocasión de contárselo á nadie, ni maldita la falta que hacía ir á ningún sér humano con tales cuentos:

—Yo soy un caballero, aun cuando de la clase de los de á pie; luego estoy en condiciones de satisfacer la necesidad que acosa á esa señora viuda con una hija, de distinguida posición, según reza el anuncio.

Y me encaminé adonde éste indicaba, pensando:

—¿Qué será eso de la posición distinguida y qué le importa á nadie que la posición de una mamá y una niña se distinga ó deje de distinguirse, para entrar de huésped... ó lo que sea, en casa de ambas?

Dicho se está que no me di contestación á las anteriores preguntas, y por dicho queda también que me tuvo muy sin cuidado el no contestármelas, pues añadí, siempre para mis interioridades... internas:

—¡Poco he de vivir para no lograr saber á qué atenerme!

Y, pian, pian, á la casa en cuestión me dirigí.

El edificio tenía buen aspecto, el piso estaba amueblado con cierto lujo, y la mamá y las dos niñas...

—Pero ¿no había dicho usted que se trataba de una mamá y una vástaga?—preguntará algún lector.

Así dije, porque así lo rezaba el papelito; pero resultó que, según la dueña de la casa me dijo, una sobrina suya había ido á vivir con ella hacía pocos días, porque... porque...

Aquí la buena señora se enredó en explicaciones, de las que sólo pude sacar en limpio que mi interlocutora era una tía... cariñosa que había recogido á su sobrina, huérfana de madre y de varios padres.

Esto último sería muy largo de explicar, y maldita la falta que hace para el caso.

La patrona era una jamona; la hija era muy mona; la sobrina era monísima, y, como es natural, yo no vacilé ni un segundo en declararme el caballero que el terceto femenil necesitaba.

¡Nunca lo hubiera hecho!...

En la casa había dos *caballeros* más; uno de ellos era un caballero oficial, que se encargaba de hacer el amor y otra porción de cosas que no son para contadas á la sobrina de su tía. El otro, comerciaba en



—Hijo, ¿también el corsé?
—Y la camisa.
—¡Teodoro!
—Esta noche ya te he dicho que te lo he de quitar todo.

granos, tenía no pocos en la cara, y, á pesar de tan prosaicas excrecencias, se las corría con la hija de... su mamá.

Y, como es natural, desde el primer día... sí, señores, desde el primer día tuve yo que encargarme de aquella tía de su sobrina, de aquella mamá de su hija, que, á juzgar por sus ímpetus, hubiera sido capaz de ser mamá de todo el género humano.

Aquello no era casa de huéspedes; tenía razón el anuncio.

Era casa de... alegría pura.

He de reconocer que la alimentación era

buena; pero preciso era que lo fuese, pues de otro modo no hubiéramos podido tenernos en pie á los tres días.

Además, antes de concluir el primer mes tenía ya satisfecho un trimestre adelantado de pupilaje, me había comido las cuatro quintas partes de mis ahorros, y mi patrona (¡una buena hembra, bien formada, con unos ojos, y unas carnes y... etc., etc.) me había empeñado el reloj y las sortijas, mientras dormía yo el sueño de los... injustos, bajo el frívolo pretexto de que estaba atrasada en no sé cuántos meses con el casero, con el tendero, con el tabernero, con el carbonero y con todos los *eros* habidos y por haber.



—Pronto me aborrecerás; músico viejo, Canuta...
—Sí; pero al paso que vas no te queda ni el compás.
—¿El compás?... ¡Ni la batuta!

Al comenzar el mes segundo, la hija de... su mamá tuvo un disgusto con el comerciante en granos y, llena de desesperación, se bebió medio litro de petróleo, tras cuya hazaña comenzó á gritar que se había envenenado.

Enteróse del caso, calmando el dolor de la madre y de la sobrina, el guasón del oficial, y, comprendiendo que no había peligro, pues todo se reducía á aligerar más ó menos el vientre, dijo con sorna:

—¡La idea madre!... ¡Mande usted por un metro de torcida, que se la trague la niña, dejando fuera un extremo, encenderemos éste... y cuando esté agotado el petróleo habrá pasado el peligro!..

Ignoro si se hizo uso de tal remedio y si dió los resultados apetecidos, porque, aprovechando aquella oportunidad, y antes que, por causas muy distintas de las que motivaron mi salida de la pristina casa que había habitado á mi llegada á la corte, acabase aquella gente con mi dinero y con mi cuerpo, me despedí de la patrona, de su hija, de su sobrina, del militar y del comerciante en granos, y abandoné la casa, repitiendo para mis adentros:

—¡Sí! ¡El anuncio no mentía!... ¡Esto no es casa de huéspedes!... ¡Y el pueblo soberano, es decir, ricos, pobres, jóvenes, viejos, todos son, ó más bien, somos una caterva de imbéciles, por cuanto, al necesitar ponernos de huéspedes... buscamos con predilección una casa que de huéspedes no sea!... ¡No es posible llevar á mayor extremo la estupidez y la vanidad humanas!

D. S.

SONETO

El hombre viejo, cano y achacoso
y casado además con una hermosa
robusta, sana, joven y graciosa
no tiene ni un momento de reposo.

Condenado en el mundo á hacer el oso,
no se aparta un instante de su esposa,
encontrando motivo en cualquier cosa
para mostrarse el infeliz celoso.

Aprenda el viejo verde esta receta
si es que vivir tranquilo se propone:
no se case con joven ni coqueta,

porque de lo contrario, el tal se expone
á que, sin ser monarca ni poeta,
el mundo cualquier día le corone.

J. F. SANMARTÍN.

EPIGRAMAS

¿Á que no podéis—grité
á Rosa y á Bienvenida—
bajarme del canapé?
Pero perdí la partida;
tal maña se dieron, que
me bajaron en seguida.

—

Me quejé un día á Inocencia
de lo mucho que tardaba
un destino que esperaba,
y me dijo: —Ten paciencia;
pondré en juego la influencia
en Madrid, de mi padrino.—
Y lo que dijo cumplió:
tanto y tan bien se movió
que al poco tiempo me vino.

SE NECESITAN DONCELLAS

EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE SIETE MUJERES

(Extracto de lo publicado en los números anteriores.—Siete mujeres, víctimas de un naufragio, se salvan en una isla desierta. Establecen una colonia, pero la falta de varones las vuelve locas, desesperadas, y se inicia entre ellas una verdadera revolución. El descontento amenaza con derribar á la presidenta de la colonia, y ésta decide reunir á todas sus compañeras...)

el lugar destinado para las grandes reuniones, para tratar de sustituirlas.

Juntáronse, pues, en ella las cinco mujeres que constituían el escaso núcleo de vasallos de lady Kingston, y tomando la palabra la hermosa Fanny, una espiritual escocesa, que á la belleza proverbial de las hijas del Higland unía la gracia y viveza de la más salerosa sevillana, así dijo á sus compañeras:

—Queridas amigas mías: tiempo es ya de que de una vez para siempre adoptemos una resolución en lo que se refiere á nuestro porvenir en la isla; desde hace muchísimo tiempo no podemos, por desgracia nuestra, hacer otra cosa que contemplarnos el moño, y por fuerza tenemos que permanecer en la inacción por falta de elementos para el trabajo. Esta situación no puede continuar; es de imprescindible necesidad ponernos de cualquier modo en relación con la metrópoli, y hay que intentar un último esfuerzo. Para ello necesito saber si puedo todavía contar con vuestra confianza.

—Sí, sí—exclamaron á una voz las otras que constituían el auditorio.

—Respondiendo, pues, á ella, he meditado seriamente las probabilidades con que contamos para dar á conocer á cualquier parte del mundo civilizado nuestra permanencia en la isla, y no hay, en verdad, un medio seguro, porque aunque tenemos todas moño nos hacen falta cañones.

—¡Bravo! ¡Bravo!—interrumpieron todas.

—Los cañones serían un elemento principalísimo, pero tampoco los tenemos. Vista la escasez de medios en que nos encontramos, no es cosa de seguir chupándonos el dedo... Yo, y creo que también vosotras, estamos aclimatadas á otra cosa; echamos mucho de menos las cosas de los hombres... En la isla es verdad que disfrutamos de todo lo que en ella puso la sabia Naturaleza, que á pesar de su sabiduría se olvidó de poner en ella machos.

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Que nos los traigan!

—¿Alguna de vosotras, no recuerdo ahora cual, posee una botella?

— Yo, que la guardo por cierto para algunos usos particulares.

—Pues hace falta esa botella.

—¡Imposible! Daría yo, equivaldría á tanto como quedarme viuda, porque la tengo mucho cariño.

—Aquí no puede haber cariños; al bien general deben posponerse todos los intereses particulares; en esa botella está la



Los cañones serían un elemento principalísimo, pero tampoco los tenemos.

salvación de todas; escuchad—y sacando un papel del bolsillo, comenzó á leerle en voz alta—: «En el límite septentrional del Océano Pacífico, á los 27 grados 11 minutos de latitud, existe una isla desierta, en la que habitan desde hace dos años varias mujeres, víctimas de una horrorosa catás-

(Continuará.)

Chismes y Cuentos

—¿Se puede ver á tu ama, muchacha?
—No señor.
—¿Por qué?
—Porque está ocupada.

⁂

—Oprimí su rostro con mis manos, y la estreché dulcemente ...Estábamos solos... Ella se abandonó á mí... y yo...

De este modo hablaba Pedro, contando á Juan el suceso más notable de sus amores con Rosa, y después añadió:

—¿Tú no sabes en qué paró aquéllo?

—Sí—respondió Juan—; me lo ha contado el boticario.

⁂

El *Duende de la Colegiata* es un hombre verdaderamente terrible. Según cuenta en el *Heraldo*, la otra noche montó un elefante del circo, y á la noche siguiente bajó con las cupletistas Apachinette y Lola Cervantes á la alcantarilla general.

⁂

Buey á don Roque llamé
por una equivocación;
mas dije: «¡Perdone usted!»,
al notar mi indiscreción;
y él respondió: «¡No hay de qué!»

⁂

Los franceses han comenzado la «penetración pacífica» en Marruecos. Parece que á los moros no les gusta que les penetren, pues se amotinaron en Fez. Ignoramos lo que dirán las moras.

⁂

Recriminó cierta reina á su cronista, porque al consignar los hechos notables de su reinado, prescindía de mencionar al rey consorte.

—Aunque yo sea la soberana—dijo—, has de tener entendido que todo se hace entre los dos y para mayor bien de nuestros amados súbditos... Con que ¡cuidado con volver á incurrir en semejante falta!...

—Será obedecida Vuestra Majestad, señora—repuso el cronista.

Y en efecto, cuando algún tiempo después la reina dió á luz un vástago, aquel pobre diablo consignó así el suceso en su crónica:

«*Día tantos de tal mes y año.*—En este fausto día, parieron Sus Majestades, con toda felicidad, un robusto y augusto príncipe...»

⁂

Doña Catalina Brija,
la esposa de don Andrés,
padece una horrible rija
hace lo menos un mes.
Al ofrecerle ayer vino
su vecino don Juan Sojo,
díjole: «Gracias, vecino,
nada tomo por el ojo.»

⁂

—¿Conque casas á tu Carmen con el señor Capetillo?

—¡Ya lo creo! ¡Un novio que tiene diez mil duros de renta!

—Y ochenta y dos años, cuando tu hija no ha cumplido aún los dieciséis.

—¡Y qué!... ¿Qué va ella perdiendo en ese matrimonio?...

—En eso tienes razón. No puede perder nada.

CHISPAZOS

Anteayer me dijo Armando
que Andrés tiene un nene, y ya
creo que le está enseñando
á que le llamé papá.
Me ha chocado tal empeño,
que es demasiado pedir:
no está bien que tan pequeño
le esté enseñando á mentir.

—

La señora Encarnación
dió el encargo á Luis Torija,
de hallar para Inés, su hija,
alguna colocación.
Por complacerla él tomó
tan grandísimo interés,
que, aunque con trabajo, á Inés
por fin se la colocó.

VALENTÍN MOURO.

LA CORSETERA

Existió una corsetera,
no ha mucho tiempo, en la corte,
del tal rumbo y tanto porte,
que la aristocracia entera,
un día tras otro día
—queriendo oprimirse el talle—
formaba fila en su calle
y hasta la tienda acudía.
Verdad que sitio mejor,
más céntrico y bien situado,
ninguno hubiera encontrado
ni una legua en derredor.
Así que la que al buen tono
en ballenas oprimía,
su tienda no cambiaría
por un sitial en un trono.
Mas, ¡ay!, el destino artero
pronto su suerte cambió,
que enfrente se estableció
un tiznado carbonero
que, en burlas á troche y moche
con lo que el bando ordenaba,
seras de carbón guardaba
en su casa tarde y noche.
Y, claro, como el carbón
manchaba la calle entera,
pronto vió la corsetera
su parroquia en dispersión;
por lo cual, tras de lanzar
una imprecación tremenda,
al cabo tuvo su tienda
con dolor que abandonar,
anunciando simplemente
un cartel: *que se mudaba*
por los polvos que le echaba
el carbonero de enfrente.

NUESTROS CONCURSOS ARTÍSTICOS

ESPLÉNDIDOS REGALOS Á NUESTROS LECTORES

Mensualmente celebraremos un concurso en el que to los los lectores de MUNDO GALANTE tienen derecho á tomar parte. Consistirá en que ellos voten por el cuadro, retrato ó composición fotográfica que más les agrade de los que vayamos publicando en nuestra excelente y original GALERÍA ARTÍSTICA.

Destinamos á cada uno de los cuatro cuadros, retratos ó composiciones fotográficas que obtengan mayor número de votos un espléndido regalo, que será sorteado entre los respectivos votantes. Cada regalo constituye una verdadera obra de arte, representada por un magnífico heliograbado que mide 80 × 60 centímetros, de la acreditada casa Iturrioz, Fuencarral, 20, de esta corte, muy á propósito para decorar una habitación, sea humilde ó elegante, pues el arte y la belleza en todas partes tienen buen acogimiento. El primer premio es una reproducción de *La Venus del espejo*, de Velázquez; el segundo, *Venus, el amor y la música*, del Tiziano; el tercero, *Primavera*, de Masou, y el cuarto, *Estío*, de Masou.

A este fin, bastará con llenar el cupón adjunto y enviarlo, en sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, al *señor Director de* MUNDO GALANTE, Pizarro, 12, Madrid, añadiendo en una esquina la palabra «Concurso». Los de Madrid pueden enviarse á la mano.

Admitimos los cupones hasta el domingo 2 de junio, en cuyo día se hará el recuento de votos y el sorteo consiguiente. El resultado se publicará en el número del 6 del mismo mes.

MAYO 1912

Cupón del concurso de MUNDO GALANTE

Voto por (1) .....
titulado .....
inserto en el número ..... *página* .....
Nombre del lector .....
.....
reside en .....
calle de .....
número .....

(1) Expresad cuadro, retrato ó composición fotográfica.